

las relaciones entre los dos gobiernos no fueran como en el pasado, aunque sus sentimientos personales hacia el soberano de Austria no habian cambiado, predijo el Archiduque la guerra de la que eran el anuncio esas palabras pronunciadas por el Emperador francés. Envió á la Archiduquesa al palacio de Miramar, residencia que estaba construyendo, y se quedó solo, resuelto á luchar por el honor y la gloria de la casa de Austria; pero su liberalismo y sus ideas moderadas y conciliadoras, no agradaban al partido militar que preponderaba entonces en los consejos de Francisco José, quien se decidió, á instancias del conde Beust, á retirar al Archiduque del gobierno general, y el 21 de Abril, en la noche, recibia Maximiliano en el castillo de Monza, una carta en que le decia que «la actitud tranquila que manifestaba la poblacion de su reino Lombardo-Véneto, en medio de la agitacion provocada por influencias exteriores, y la aquiescencia á las medidas legales de su gobierno, le hacian creer que en los graves acontecimientos que se preparaban quedaria dentro del orden y la legalidad;» en esta actitud de las provincias lombardo-venetas, reconocia que Maximiliano habia cumplido satisfactoriamente la mision que se le habia encargado colocándole á la cabeza de la administracion de ellas; pero imponiendo las circunstancias el deber de dictar medidas extraordinarias para la defensa de la corona, el mantenimiento del orden y la seguridad interior, debia reunirse en una sola persona la autoridad civil y la militar suprema en el reino Lombardo-Véneto, y en tal concepto habia decidido relevarlo, hasta nueva orden, de las funciones de gobernador general, que habia ejercido con tanta adhesion y con tan grande prudencia, cuyas funciones confiaba, en cuanto á la administracion civil, al conde Giulay, comandante en jefe del país.

Sin replicar y dando ejemplo de obediencia, dejó Maximiliano la Lombardia el dia siguiente, volviendo á tomar su titulo de gran almirante y jefe superior de la marina imperial. Seis dias despues la guerra quedaba declarada y los ejércitos entraban en aquella campaña que tuvo célebre fin por las batallas de Magenta y Solferino, y dió por resultado la paz de Villafranca.

El partido militar, irritado con los desastres sufridos por el Austria, atribuyó á Maximiliano la culpa, haciéndole aparecer que su benevolencia y su debilidad habian dado alientos á la revolucion y al partido italiano. Descontento y decepcionado se aisló Maximiliano y se abstuvo de presentarse en Viena, esperando del tiempo la justicia á que creia tener derecho. Volvió á sus excursiones acompañado de la Archiduquesa Carlota. Esta dejó la relacion de aquellos viajes en un librito intitulado: «Viajes á bordo de la *Fantasia*,» nombre de la fragata en que navegaba.

Entonces hizo Maximiliano una expedicion científica al Brasil, en donde queria pasar el invierno en union de la Archiduquesa Carlota. A bordo de la fragata «*Elisabeth*» y acompañado de M. de Tegethoff y de otras pocas personas, partió el 10 de Noviembre y llegaron á la isla de Madera el 6 del siguiente mes. Allí escribió Maximiliano estas significativas líneas: «experimento la necesidad de buscar sobre las olas del Océano el reposo que la Europa, agitada convulsivamente, no puede proporcionar á mi atribulado espíritu. Profunda tristeza se apoderó de mí cuando volvien-

do á Madera he comparado el pasado con el presente. Hace siete años despertaba ya, por decirlo así, á la vida, y me dirigía alegremente hacia el porvenir; hoy me siento ya fatigado; mis espaldas no están libres y ligeras como en otro tiempo, tienen que soportar el peso de un pasado doloroso.»

El mal tiempo obligó á la Archiduquesa á no continuar su viaje y tambien porque la fiebre amarilla azotaba á Rio Janeiro: Maximiliano dejó á su esposa en Funchal y continuó solo para el Brasil, donde fué recibido como pariente en la corte del Emperador Don Pedro. Permaneció allí hasta el 5 de Febrero, obsequiado con fiestas continuas, principalmente por los alemanes, de quienes escribió que hacian por todas partes mediano papel, sirviendo de escalones á las otras razas y limitándose á aparecer como filósofos que fatigaban su espíritu con teorías inaplicables, y alimentaban su energia con sentimentalismo enfermizo, en vez de inflammarla con valentía y entusiasmo. Regresó á Funchal por la Archiduquesa y el 25 de Marzo partieron los dos para Ragusa; pocos dias despues llegaban á Miramar, en cuya biblioteca fueron colocados todos los objetos que habian recogido en el curso de sus viajes. En 1860 escribió el Príncipe un libro titulado: «De la Marina austriaca por un marino austriaco;» en seguida otro en que daba el grito de alarma, á causa de los crecientes progresos y de las invasiones del Piemonte, y lo intituló, «Notas sobre el estado de las fuerzas navales de la Francia, la aliada del Piemonte;» dijo que Napoleon se servia de Victor-Emmanuel para sus fines; este rey se servia de Garibaldi y á su vez Garibaldi de la Revolucion en el Danubio y los Balkanes. ¿Quién puede decir hasta dónde se extenderá la llama del incendio que comienza? Escribió sus viajes á través del Brasil, un proyecto de reorganizacion de la marina austriaca y solicitó la creacion de un presupuesto extraordinario de la marina de guerra. Combatidos sus proyectos en la prensa y las cámaras, redactó un opúsculo contra los miembros del Parlamento, y al fin triunfaron su actividad y su insistencia, hasta lograr que el gobierno aceptase los pareceres del Almirante. En esos momentos resolvía Napoleon intervenir en México, y se fijó en Maximiliano para colocarlo en el trono que proyectaba levantar aquí, comenzando sus trabajos desde el 4 de Octubre de 1861; estando el Archiduque y la Archiduquesa poseidos del deseo de reinar, acogieron favorablemente las primeras indicaciones que se les hicieron, y siguieron con profunda ansiedad los sucesos diplomáticos y militares relativos á la Intervencion, se informaron de la caída de Puebla y supieron el voto de la Asamblea de Notables y el envío de la delegacion, manifestándose dispuestos á recibirla y á entregarse á México, que ellos creyeron les seria adicto. (1)

(1) El libro que escribió con el título de «Memorias de mi vida,» aun antes de las grandes decepciones que sufrió y cuando lo animaba el vivificante calor de la juventud, debe leerse para comprender cual era el carácter de Maximiliano y cuáles sus ideas acerca de multitud de asuntos. En cuanto á creencias religiosas, dijo: «Mi máxima en las cosas que no atacan particularmente el dogma, es que pueden creer en ellas los que gusten de hacerlo, y que yo soy demasiado insignificante para intentar reglamentar la fé de los demás.»

«No me atrevería á juzgar si el clero italiano posee bastante instruccion ó siquiera educacion suficiente para comprender á fondo á los hombres sobre los cuales discuten. Oíera que Mahoma era más interesante que Lutero, Calvino y Zwínglio, pues estos habian disuelto una religion con la que el hombre po-

En carta dirigida en el mes de Octubre al Emperador de los franceses, le acompañó Maximiliano copia de una memoria sobre bienes eclesiásticos y de comunidades, extendida por el Doctor Miranda y puesta en francés por el Sr. Arrangoiz. Napoleón aprobaba enteramente que Almonte no diera paso alguno de importancia hasta la llegada de Maximiliano, según las instrucciones que tenía el general en jefe del ejército francés.

Cuando en México se discutía con tanto calor acerca del asunto de los bienes nacionalizados, tuvo Almonte carta del Archiduque Maximiliano, escrita algunos días después de haber sido recibida la delegación mexicana en Miramar al comenzar Octubre; declaraba que en principio aceptaba la corona, pero queriendo que la Nación fuese consultada, rogaba al general Presidente de la Regencia, que lo tuviese al tanto de lo que en este asunto ocurriera.

A la vez, por el mismo correo recibía Bazaine una carta de su Emperador, fechada el 15 de Octubre, en la que este se refería, entre otras cosas, á la oposición que le estaba haciendo Julio Favre con motivo de la expedición á México, comunicaba que se le había informado haberse encontrado las pruebas, en registros de banqueros en México, de que Juárez había enviado una suma de dinero á Favre para que le defendiese en París; Napoleón decía á Bazaine que si esto era verdad, debería enviarle esas pruebas auténticas que consideraba de grande importancia. Decíale

«... día obtener paz en la tierra y el profeta de la Meca había formado un credo aunque no basado en lo espiritual, sino que se dirigía á los sentidos y al corazón. Los gustos de poeta y artista también se revelan en aquellos escritos. El 29 de Mayo de 1852, apuntaba en sus memorias: «Ayer á las nueve de la noche, hallándome de guardia, dí jama á Mahón á la luz de la luna.» Sus gustos artísticos eran muy marcados; hablando de un San Francisco de Murillo, se expresa de esta manera: «Murillo nos presenta su San Francisco ejecutado con gran sencillez; es una de las hermosas pinturas del maestro español, en que intenta mostrarnos, en un cuerpo enflaquecido, una alma doliente nutrida con visiones.»

«En las iglesias góticas puede uno orar puramente y con fuerza y fé cristiana, protegido por el alto espíritu de Dios. En las iglesias bizantinas no siente uno esto, sino que ve á su alrededor en lugar de cruz. En las nuevas iglesias romanas se ve uno tan saciado de los adornos, que no se puede orar libremente.»

En cuanto á sus ilusiones juveniles hay varios trozos en sus Memorias, de uno de los cuales tomaremos lo siguiente, que se refiere á su permanencia en Valencia: «Se abrieron las puertas de la sala y se presentó Elisa, siempre tan brillante, tan graciosa y tan amable, como en los queridos días de otros tiempos en los bailes de la alegre Viena. No puedo explicar lo que sentí con este encuentro en la distante España; consideré tan sólo, que en aquel momento me hallaba realmente más cerca de ella que todos los adláteres españoles, porque traía yo su paisaje; un sentimiento de placer y de anhelo por su patria, agitó su bondadoso corazón cuando me dió temblando su blanca mano, y me saludó en alemán.»

Las ideas de Maximiliano en cuanto al trabajo pueden deducirse de este párrafo: «nunca puedo acomodarme, ó por lo menos no lo puedo ahora, á ver el rico poseedor de una fábrica, produciendo en grandes cantidades artículos que satisfacen al extravagante lujo de los ricos, mientras que sus trabajadores son siervos por el solo poder del dinero; pálidas sombras de hombres, que en estado de estupor y para las necesidades de su estómago, sacrifican su cuerpo al tesoro de su patron. No puedo olvidar á mis semejantes, ni por las máquinas más hermosas; mi estimación por el llamado genio de nuestro siglo no llega hasta allá. Me siento disgustado en una fábrica. No hablo de aquellas en que los hombres obran todavía por sí mismos, como debían hacerlo los seres humanos. En el verdadero centro de esos resultados del genio, caigo en una especie de estupor y me siento inmensamente humillado. Todo me parece hecho para el momento; estamos en el siglo de la prisa y las fábricas parecen estar en armonía con ella.»

Más adelante dice: «Me desagrada todo cuidado excesivo, por lo mismo soy enemigo de las curiosidades en cosas de cristal. Todo tiene su época, y cuando esta ha pasado, debe dejarse consumir y dar lugar á otra cosa; de otra manera, para qué servirían la energía y la acción?... Hemos abandonado contra toda nuestra voluntad el hermoso Cádiz, que se eleva de una manera tan brillante sobre las aguas del Mediterráneo. Hemos pasado allí el tiempo deliciosamente; el día de San Pedro y San Pablo asistimos

también que el proyecto de introducir soldados indígenas en la legión extranjera, daría sus frutos.

Esto probó el grande efecto causado en las Tullerías, al comprenderse las ventajas que Juárez y los suyos sacarían de los discursos de Julio Favre en el cuerpo legislativo, siendo indiscutible que tal oposición aumentó los obstáculos á la expedición. El Emperador francés y sus generales, indignados por la actitud del diputado francés, le atribuyeron miras interesables. Esto se comprende desde luego; pues en su disgusto llegaron hasta decir que esas pruebas existían, acogiendo los rumores vagos que se repetían y propagaban entre la multitud que jamás cuida de comprobar; pero llamó mucho la atención que el mismo jefe del gobierno francés, hubiese participado de tal creencia y considerado que podía contar con las pruebas auténticas de semejante rumor; si el hecho hubiese sido verdadero, ningún banquero habría dejado en sus libros huellas del negocio, y aun suponiéndolo tan poco previsor, se habría negado enérgicamente á dejar que las autoridades los examinaran; por lo cual Bazaine se abstuvo de dar un escándalo.

Por su parte la comisión mexicana en Europa no descansaba. El Sr. Gutierrez de Estrada estuvo en Miramar á mediados de Octubre; de aquel lugar escribía para México, indicando lo que en concepto de Maximiliano convenía hacer para la mejor dirección y el buen éxito de la empresa. Pintaba el Sr. Gutierrez muy animados á los dos príncipes y deseosos de saber el resultado de la votación de las mayorías de México, á la vez que procuraban contar con las garantías que les dieran las poten-

«... á una corrida de toros por las que tengo tanto entusiasmo, y en la cual estuvo el anfiteatro lleno de las más hermosas mujeres.»

Maximiliano describe de la siguiente manera los sentimientos que embargaron su espíritu á la edad de veintinueve años al ver la isla de Madera: «Ante mi mente, bajo el magnífico esplendor del sol tropical, sobre el azul de las brillantes olas, circundado de puras y balsámicas brisas, se extendía una grande isla en surcos de basalto color de púrpura y ostentando el brillante verdor de la primavera. Había en aquel espectáculo una pureza celestial y el aire estaba impregnado de perfumes; la atmósfera tenía una claridad sobrenatural, como si se estuviera contemplando aquello con los ojos de un espíritu libre; el aire acariciaba agradablemente nuestro descubierta seno, y sentíamos la proximidad de un paraíso, de un nuevo mundo.»

A cada paso expresa Maximiliano su opinión sobre el destino; dice que de este no se libran ni los mismos dioses, que se ha de cumplir irremisiblemente y á veces se manifiesta supersticioso, como cuando en una de sus excursiones en la isla de Madera se le presentó una vieja horrible hasta la exageración, cuya presencia le recordó con frío estremecimiento el mal de ojo, pues según dice, la mirada de la vieja produjo su efecto, ocurriéndoles al regresar toda suerte de contratiempos. En otra clase de ideas manifestó también su parecer. Al presenciar una procesion hizo el siguiente comentario: «Ya parece que veo á los que se creen muy ilustrados, reírse de que el pueblo de Madera se imagine que puede exorcisar la esterilidad de las viñas con una procesion; pero yo confieso ingenuamente, que aunque soy hijo del siglo diez y nueve, y no me cuento entre los retrógrados, esta creencia me parece muy hermosa y muy edificante, desde el momento en que conviene, á los que se hallan penosamente afligidos, volverse hácia su Dios que jamás es sordo para los que creen firme y ciertamente en su omnipotencia. Una oración ofrecida con espíritu sencillo, alivia siempre el alma, y por lo mismo vemos que se ha ofrecido en todos los siglos y entre todas las naciones.»

Quando ve por primera vez morir á un marinero á bordo, exclama: «Jamás había presenciado una muerte, y tuve que hacer un grande esfuerzo para permanecer contemplándolo hasta lo último, pero desde entonces la muerte me pareció mucho más fácil de lo que yo creía.» Le impresionaba de tal manera el aparato fúnebre de la muerte, que una vez, al entrar á la catedral de Funchal, le ocurre lo siguiente: «Quando entramos á la oscura catedral sonaban las campanas; había un tablado poco elevado y ardían cuatro cirios; llevaron un ataúd dentro del cual yacía un cadáver, un sacerdote entonó un canto y las notas del órgano resonaron en la oscura iglesia. El ataúd fué abierto; vi en él un jóven; luego que el sacerdote cantó su requiescat in pace el ataúd fué cerrado. Tal espectáculo me hizo estremecer hasta el alma y me alejé de la sombría catedral.»

cias europeas, queriendo obtenerlas antes de ponerse en marcha para no exponerse á pasar por aventureros ú osados pretendientes. Satisfechas esas dos condiciones, ya nada los detendría y según refería Maximiliano, por el 15 de Octubre, ya á esas horas estaban prontas sus maletas.

La vida que llevaba el Sr. Gutiérrez de Estrada era sumamente agitada, aunque estaba afectado de la vista; pronto se le acababan los días del otoño tan cortos en Europa y tan propensos á nublados en Miramar, donde residía con frecuencia. Allí causó buen efecto el Sr. Ignacio Aguilar, haciendo recordar por el estilo y ciertos rasgos, al Sr. obispo Munguía, particularmente en las descripciones de todo lo de México; lo cual era muy del agrado de la Señora Archiduquesa.

En la pequeña corte establecida en aquel castillo, se quiso impedir ó por lo menos que se variaran las órdenes dadas para el regreso de Saligny, sin que pudieran conseguir cosa alguna, pues le reemplazó Mr. de Montholon, de quien hacia grandes elogios Mr. Drouyn de Lhuys.

A Miramar eran llamados con frecuencia el Sr. Gutiérrez de Estrada y los demás individuos que trabajaban por establecer en México el trono de Maximiliano; trataban de las cosas de este país y causó allí grande impresion lo acaecido con los pagarés de bienes eclesiásticos, pues no debió haberse tocado ese asunto hasta la llegada del Archiduque, quien se empeñó en recomendar á sus partidarios la union.

Se esperaba en Miramar que á fines de 1863 el correo llevaría la noticia de haber sido ocupadas Guanajuato, San Luis, Morelia y Zacatecas, y que anunciada oficialmente á Maximiliano, aceptaría inmediatamente y á poco se embarcaría para México, procurando llegar á Veracruz para principios de Abril. El general Márquez dirigía cartas á los príncipes por conducto de los Regentes.

El incidente de la division ocurrida en el seno de la Regencia, produjo en Miramar tal efecto, que fué causa de que se pensara en adoptar prontas medidas que pusieran término á ese estado de cosas. Nadie dudaba que el proceder del Sr. Labastida fuese inspirado por los deberes de su conciencia; pero se consideraba como una nueva prueba y como un desengaño de que aquí era difícil establecer la armonía y un orden de cosas duradero. El desacuerdo entre los Regentes iba á precipitar el desenlace, porque la Francia creyó llegado el momento de poner término á su política, viendo la dificultad de la empresa, y que ahora venian de los amigos los embarazos; impulsó las operaciones militares que habian de dar al Archiduque la mayoría legal que habia pedido para venir á enderezar las cosas á satisfaccion de todos.

No solamente las noticias de Miramar causaban placer y grandes esperanzas á los intervencionistas, sino tambien las formidables derrotas sufridas por los ejércitos norteamericanos en el mes de Setiembre, siendo más notable la de Rosecrans, obligado á replegarse; alegrábase aquellos por el prolongado sitio de Charleston y el incendio de Brownsville antes de que cayera en poder de los unionistas, pues que esto indicaba la firme resolucion de unos y otros en llevar la guerra adelante; aunque el hecho de haberse apoderado de esa ciudad el general Banks, contrariaba en parte el gusto con que los intervencionistas veian los sucesos ocurridos en la vecina nacion.



Ilustrísimo y Excelentísimo Sr. Pelagio A. de Labastida.

Arzobispo de México, miembro del Poder Ejecutivo
y Regente del Imperio levantado en México por la Intervención francesa.

El Sr. Labastida era muy conocido en la política, ya por haber pertenecido á la Legislatura de Michoacán, ya por haber sido Obispo de Puebla en épocas de reacción y sufrido el destierro fuera de su patria. Regresaba en Septiembre de 1863, al amparo de la Intervención francesa, elevado á la dignidad de Arzobispo y en unión de los Señores Obispos Munguía y Covarrubias, cuando tomaba posesion la erección de nuevos obispados; en Veracruz fué saludado á su llegada por la artillería del castillo y de la plaza, en su carácter de Regente. Hizo su solemne entrada á la ciudad metropolitana, el 11 de Octubre de ese mismo año, acompañándole desde la Villa de Guadalupe los Subsecretarios del Despacho y una comisión del Ayuntamiento: en la iglesia de Santo Domingo se revistió de pontifical, y en seguida, bajo de palio, acompañado del clero y las autoridades, recorrió procesionalmente el trayecto hasta la catedral, en la que ofició el *Te Deum*, dió la bendición apostólica y de allí fué llevado al Palacio Nacional.

Habiendo resuelto el Emperador Napoleón III, que continuaran rigiendo en México las leyes de Reforma, se disgustó el Sr. Labastida, entró en desacuerdo con la Intervención y después con el Imperio de Maximiliano, dejando el poder civil sin haber firmado ninguna disposición en su calidad de Regente.